los títulos de renta y los valores muebles. La generalidad de las acciones de las sociedades se emiten al precio de 500 francos y las obligaciones de 3 á 400 francos que, como las rentas del Estado, generalmente se dividen en cupones de 100 francos. Para las ciudades y algunas instituciones de interés público se han creado obligaciones por sorteos que reduciendo en una décima parte poco más ó menos, el interés anual, dan premios de 150,000, 50,000, 20,000 ó 10,000 francos. Es una combinación que difiere de la lotería, en el sentido de que si algunos participantes ganan sumas enormes, ninguno de ellos pierde lo que ha invertido. Tan luego como el ahorro se produce y apenas sube á 100 francos, encuentra por ese medio la manera de ser impuesto inmediatamente, en valores de todo género, de los que algunos son de una seguridad absoluta y fácilmente negociables. Nada semejante existía hace cien años.

Apenas hace un siglo, y principalmente desde la Restauración (1815) se ha tenido empeño en perfeccionar y diversificar las combinaciones del ahorro. Si la civilización ha multiplicado extraordinariamente las oportunidades y las tentaciones de gastar, en compensación hasta aquí muy eficaz, también ha multiplicado proporcionalmente las oportunidades y tentaciones de ahorrar.

CAPITULO II.

El Lujo

Definición del lujo. Los progresos industriales vuelven vulgares y comunes, muchos consumos anteriormente de lujo. Prejuicios respecto del lujo. La supresión del lujo restringiría el progreso social.

Definición del lujo.—El principal empleo que el hombre da al aumento de su poder productor, es el aumento de sus consumos y sus goces, especialmente de sus consumos de lujo. Mientras más civilizada es una sociedad, más se generaliza el lujo en todas las clases de la población.

El lujo tiene muchos enemigos. Un gran número de individuos lo consideran como un abuso, un pecado, un escándalo. Se imaginan que si el lujo desapareciera, las sociedades serían más felices y de más alta moralidad; así mismo creen que lo superfluo de algunos, ha sido adquirido á expensas de lo necesario de otros.

Tal concepción del lujo, aunque pueda en algunos casos tener un fundamento

moral, en términos generales es errónea, Necesario será desde luego definir lo que es el lujo lo que es en verdad muy difícil.

Abriendo el diccionario de Littré, encontramos la siguiente definición: «Lujo, magnificencia en el vestir, la mesa, el mobiliario; abundancia de cosas suntuosas.» Definición muy amplia y que si corresponde á las ideas de algunos individuos sutiles, es muy estrecha para expresar el sentido común y corriente del vocablo.

Podemos decir que el lujo consiste en aquella parte de lo superfluo que excede á lo que la generalidad de los habitantes de una región, considera como esencial, no solamente para las necesidades de la existencia, sino también para la comodidad y lo decencia de la vida. El lujo es, pues, una cosa extraordinaria, variable, que sin cesar se ensancha, ampliando sus límites á medida, que el conjunto de una sociedad se enriquece y se refina.

Solamente el mobiliario y el guardarropa de un hogar modesto de nuestro pequeña *burguesía*, ó de nuestras clases obreras escogidas, hubiesen parecido abundar en objetos de lujo á los bárbaros que invadieron el imperio romano; algunos divanes de poco costo aunque abullonados, un tapiz de fieltro, cortinas para las ventanas, un papel vistoso y barato tapizando las paredes, un espejo, una vajilla algo

variada, algunas camisas, pañuelos, corbatas, medias, etc., les llamarían vivamente la atención, y constituyendo una novedad para ellos, les parecerían no ser esenciales para las necesidades normales, ni siquiera para la comodidad y decencia de la vida.

Aún en la actualidad, si se translada un pastor de Cevennes á la habitación de un rentista que disfrute de diez mil francos de renta, y que viva según su haber, le parecerá que se rodea de una infinidad de objetos inútiles y costosas fruslerías que sólo pueden proporcionarle goces artificiales.

La noción del lujo varía de un modo extraordinario, según los países, las épocas y las clases de la sociedad. Cada clase estima como lujo aquellos objetos que su situación de fortuna no le permite poseer, y los cuales, por el contrario, pueden usar las clases superiores.

Los progresos industriales hacen vulgares y comunes muchos consumos anteriormente de lujo—Los progresos industriales y el desarrollo de la riqueza general, introducen poco á poco en el uso común una infinidad de mercancías que antiguamente eran consideradas como de gran lujo. Refiriéndonos á la alimentación, el azúcar era antes de lujo, así como las especias y el café, y en los países en que no se produce,

el vino. Las vidrieras durante mucho tiempo fueron de lujo, y aun más los espejos y las cortinas de ventanas y las alfombras; un reloj y un péndulo eran objetos de lujo de primer orden hasta que se les pudo fabricar primero de 40 ó 50 francos y después de 5 á 10 francos. Respecto del vestido, las camisas, las medias, el calzado, los pañuelos, las cintas, los encajes, han sido considerados como cosas superfluas de que pueden prescindir el hombre y la mujer que viven en el estado natural. En la organización de la morada, un comedor distinto de la cocina, un sala diferente del comedor, un gabinete de aseo separado de la recámara, un cuarto de baño y de hidroterapia y hasta un excusado decente y ventilado, de agua corriente para las necesidades naturales, se les ha declarado inútiles y aún lo son para ciertas gentes.

Los límites del lujo, lo cual constituye una dicha, incesantemente se alejan. Las cosas lujosas de ayer, son necesarias hoy, al menos cuando se trata de algo al alcance de un gran número de individuos.

Papel económico del lujo.—Por lo que á nosotros respecta, no debemos maldecir el lujo, que es uno de los principales agentes del progreso humano. La humanidad le es deudora de casi todo lo que actualmente adorna y embellece la vida, y hasta de un gran número de las mejoras

que hacen más sana la existencia. El lujo es el padre de las artes. La escultura, la pintura, la música y sus similares populares, el grabado y la litografía, no hubiesen podido desarrollarse en una sociedad enemiga jurada del lujo.

Indudablemente existe un uso grosero, insolente y absurdo del lujo; el que procura deslumbrar fastuosamente á la multitud y aun humillarla. La moral condena ese triunfo especial, impertinente y vano de la riqueza sobre las medianías que la rodean. El lujo de simple ostentación, como un gran tren de criados inútiles, se hace acreedor á las censuras de la opinión pública; mas el lujo de este género va disminuyendo incesantemente. El consumo inmoderado de las riquezas á que se entregaban los romanos de la decadencia, y las fastuosas excentricidades, que la opinion pública castiga en algunos advenedizos de la fortuna, son más raros ya en nuestra época. El lujo se exhibe menos en el exterior y los lugares públicos; se contiene, se encierra, se hace más discreto y experimenta un especial pudor que le impide manifestarse en pleno día, lastimando á aquellos que no pueden disfrutar de él. Es imposible que el hombre juicioso pueda reprobar ese lujo de buen gusto.

Preocupaciones respecto del lujo.—Algunas personas opinan que si no existiese el

lujo, la sociedad se vería mejor provista de objetos útiles; esas personas creen que si no se consumiesen mil millones de francos en objetos de lujo, se podría disponer de mil millones más de trigo, papas y vestidos corrientes. Estimamos inexacto semejante razonamiento por dos razones: sea la primera, que mil millones de francos en papas, trigo y vestidos ó muebles corrientes, nunca pueden corresponder á la suma de trabajo que exigiría un millón de francos en objetos de lujo.

Lo que el lujo remunera con largueza no es la cantidad sino la calidad de las mercancías y del trabajo. La hectárea de chateau-laffitte, que produce de 15 á 20 hectólitros de vino selecto, de 500 á 600 francos cada hectólitro, y que, en consecuencia, da una renta en bruto de 7,500 á 12,000 francos, no podría producir vino corriente por ese valor; dejando la producción de vinos delicados para dedicarse á la de vinos corrientes, se obtendrían quizás de 40 á 50 hectólitros, en donde actualmente se cosechan 15 ó 20; pero en lugar del valor de 7,500 á 12,000 francos, sólo se obtendría uno de 1,000 á 1,200.

De la misma manera, un obrero muy hábil de baratijas, gana un jornal de 15 á 20 francos, produciendo objetos de lujo; mas no debe creerse que si suprimiera ese género de producción y que ese individuo

se dedicase á la quincallería, podría producir objetos de uso común por un valor de 15 á 20 francos; indudablemente apenas produciría por 3 ó 4 francos diarios. Así mismo, un obrero de esos, que son verdaderos artistas, haciendo muebles tallados gana también un salario de 15 á 20 francos; si se le pone á fabricar muebles ordinarios, no los hará en cantidad que corresponda á la suma que ganaba en su trabajo propio. Lo mismo acontece respecto de la generalidad de los consumos de lujo. En consecuencia, lo que el lujo paga á muy alto precio, es la calidad del trabajo, el dón especial del obrero ó el artista; dedicado á otra labor, de naturaleza ordinaria ó común, ese obrero ó artista, apenas podría producir mayor cantidad de objetos de uso rulgar, de la que fabrica un obrero cualquiera. Es, pues, un error creer que suprimiendo una producción de lujo que representan mil millones de francos, podría obtenerse esa misma cantidad de objetos útiles para el hombre.

Sin duda alguna se puede admitir, abstracción hecha de la consideración que presentaremos en breve, que si la humanidad materialmente restringiera sus necesidades á pan, carne, vino corriente, los vestidos más ordinarios y los utensilios más comunes, podría procurarse una cantidad más considerable de esos objetos. Si

todos los pintores, cinceladores, tapiceros de objetos de lujo, tejedoras de encajes, bordadoras, hiladores y tejedores de sedas, carroceros de lujo, fabricantes de muebles no corrientes etc., si todas esas gentes volviesen al trabajo de la tierra y al de hilados y tejidos de algodón, á la boneteria, etc., se obtendría una cantidad mayor de mercancías corrientes, únicas que algunas personas consideran esenciales para la vida.

Se puede admitir que pasarían así las cosas, aunque tal suposición no pasa de ser una mera conjetura; no existe certidumbre alguna de que la supresión del lujo tuviese como consecuencia una abundancia mayor de los objetos comunes. No se toma suficientemente en consideración la influencia depresiva y soporífera que ejercen sobre la actividad y la iniciativa humanas, la monotonía y la uniformidad de las ocupaciones Una sociedad en la que los hombres ejecutasen poco más ó menos la misma tarea, viviendo en condiciones idénticas y con necesidades limitadas, y en donde nadie viese abrirse ante su vista perspectivas de vida brillante distinta de la de los demás, acabaría por ser presa de la inercia y la rutina. Su elasticidad disminuiría con el tiempo y llegaría á ser una sociedad estacionaría, que degeneraría después en re-

trógrada. En nuestro concepto, la supresión del lujo llevaría, con el tiempo, á una disminución hasta de los objetos de consumo vulgar.

La supresión del lujo restringiría el progreso social.—El progreso se realiza muy á menudo por los esfuerzos de los individuos extraordinariamente dotados, desde el punto de vista de la voluntad y la inteligencia, y á la vez sensibles á los atractivos de las recompensas materiales; ahora bien, la más efectiva de esas recompensas es la riqueza, y ésta, para muchas personas perdería su valor, si se les privase del lujo que por medio de ella pudieran proporcionarse. Sin duda alguna entre los inventores, los grandes empresarios y los dueños de fábricas, hay hombres verdaderamente elevados de espíritu, para quienes la sola perspectiva de los servicios que prestan á la humanidad, y de la gloria que circundará sus nombres, basta para hacerlos perseverar en sus incesantes y penosos trabajos de investigación; pero hay otros hombres enérgicos, capaces y atrevidos, guiados por un ideal no tan noble y que son más sensibles á los atractivos del lujo, que á los goces puros del espíritu, y á las satisfacciones de un amor propio elevado.

El placer del lujo podrá ser en sí mismo frívolo; la moral austera puede conde-

narlo con frecuencia, pero sirve á menudo de útil aguijón á la flaqueza humana.

Podrá parecer inútil que las mujeres usen telas de sedas, y collares de brillantes ó perlas, así como que se hagan transportar en magníficos coches, á distancias cortas; mas no debe olvidarse que para procurar á su esposa ó sus hijas esos bienes, y á sí mismos el lustre consiguiente, algunos hombres han trabajado, inventado, afrontado peligros, creado industrias útiles para el mundo entero, mientras que esos mismos hombres hubiesen pronto abandonado todo trabajo, si se hubiese pretendido reducirlos á una comodidad mediana.

Se puede asentar que los esfuerzos extraordinarios, y excepcionales que desarrolla el deseo de lujo, aumentan de un modo increible el poder productor de la humanidad, hasta respecto de los objetos necesarios

El problema del lujo, es solamente una faz de otro más vasto, el de la desigualdad de condiciones. Está demostrado que la igualdad de condiciones estancaría todo progreso en una sociedad, y gradualmente la llevaria al marasmo intelectual y las privaciones materiales de los tiempos primitivos. La supresión del lujo, tendría efectos menores, aunque análogos.

La moral y la religión, pueden, en consecuencia, reprobar los excesos é intemperancias del lujo, y esforzarse en despojarlo del carácter insolente que afecta algunas veces, sugiriendo al hombre móviles más nobles y desinteresados; esa hermosa tarea á ambas les incumbe; pero mientras que la naturaleza de los hombres no sea transformada por la filosofía y la religión, desde el punto de vista económico, será un error fundamental querer suprimir el lujo.